

Visceral

VOCES / ENSAYO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

María Fernanda Ampuero, *Visceral*

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-8393-350-3

Depósito legal: M-2591-2024

IBIC: DNF

© María Fernanda Ampuero, 2024

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2024

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

María Fernanda Ampuero

Visceral



ÍNDICE

Asfixia	13
Terror	17
Furia	25
Colonas	29
Bárbaros	39
Escapar	45
Mutilados	49
Guayaquil	53
Mórbida	57
Gorda	73
Grita	81
Centro	97
Muertas	109
Útero	111
Ida	121
Mauri	127
Cabezas	133
Loca	137
Neblina	153
Daños	165
Fin	169
Índice onomástico	171

¿Quién sabe si he sufrido solamente una lenta y gran disolución? ¿Y que mi lucha contra esa desintegración sea esta: la de intentar ahora darle una forma?

Clarice LISPECTOR, *La pasión según G. H.*

You should be angry. You must not be bitter. Bitterness is like cancer. It eats upon the host. It doesn't do anything to the object of its displeasure. So, use that anger. You write it. You paint it. You dance it. You march it. You vote it. You do everything about it. You talk it. Never stop talking it.

Deberías estar furiosa. No deberías ser amarga. La amargura es como el cáncer. Se alimenta del anfitrión. No hace nada al objeto de su disgusto. Así que usa esa ira. Escríbela. Píntala. Báilala. Márchala. Vótala. Haz todo con ella. Habla de ella. Nunca dejes de hablar de ella.

Maya ANGELOU

(Traducción de María Fernanda Ampuero)

La palabra «abatimiento» está documentada por primera vez en 1460, «congoja» en 1465, «desconsuelo» hacia 1520, «depresión» alrededor de 1580, «murria» en 1611, «consternación» a mediados del siglo XVII, años en que cambia de significado la palabra «melancolía». «Morriña» aparece en 1726, y como tristezas recientes nacen la «nostalgia» en 1884 y la «añoranza» en 1895. Al parecer, el español antiguo se conformaba con sentir una tristeza tosca hasta que prefirió sentir tristezas precisas en vez de tristezas innombradas.

José Antonio MARINA, *Ética para náufragos*

ASFIXIA

Esperar un hijo sería quedarse encerrada en un ascensor entre dos pisos, en plena zona de asfixia. Abortar no me da miedo ni culpa. Sí, me da miedo de recibir un castigo no menos asfixiante: prisión a perpetuidad.

Alejandra PIZARNIK, *Diarios*

Ay, qué no haríamos por un poco de comprensión.

LUCIA BERLIN, «Dentelladas de tigre»

Recurro a la literatura.

Como siempre que no puedo entender algo, que la injusticia me retuerce las vísceras, que siento que podría desmayarme de ira, recurro a la literatura.

Lo otro, la otra opción, sería morderme las manos hasta dejármelas en carne viva y ensangrentar el teclado, o saltar por la ventana y que encuentren un papelito que diga: «Me han matado todos los hombres», o prenderme fuego entre los *runners* y las patinetas eléctricas y que me graben con sus móviles.

Estoy segura de que tengo demasiada rabia dentro para estar viva y que, a la vez, esa rabia me mantiene viva. No sé si me explico.

Es que, carajo, a las mujeres nos siguen prohibiendo decidir sobre nuestros propios cuerpos. En el siglo XXI. En tiempos de la inteligencia artificial. Mientras sondas pasean por el espacio. Las pobrecitas mujeres que no saben lo que quieren, las desgraciadas mujeres que pretenden aniquilar a los niños que están en sus vientres, las salvajes mujeres que quieren abrirse de piernas, pero no afrontar lo que conlleva abrirse de piernas.

Las malas, las tontas, las salvajes, las zorras, las pecadoras, las indolentes, las asesinas.

Leo a Violette Leduc, a Alejandra Pizarnik, a Simone de Beauvoir, a Lucia Berlin, a Agustina Guerrero, a Margaret Atwood, a Joyce Carol Oates, a Anne Sexton, a Sandra Vizavona, a Claudia Piñeiro, a Alice Walker (que escribió «el hombre blanco puede decir, tus hijos tienen derecho a la vida. Por lo tanto, devolveré la vida a los treinta millones que fueron arrojados por la borda durante los siglos de la trata de esclavos. Y a los otros millones que murieron en mis campos de algodón y colgando de los árboles»¹), a Lina Meruane, a Sara Gallardo, a Lorrie Moore.

Leo a mujeres que han escrito sobre el aborto, pero solo puedo pensar en las niñas embarazadas. Esas que mientras escribo esto, mientras usted lo lee, están siendo violadas y en sus cuerpos se está instalando el horror de la vida. No el milagro, el horror.

Piénsenlo: debería ser delito de lesa humanidad hacer que ellas, con sus cuerpecitos, proseguir con un embarazo y tengan que parir una criatura.

1. Véase el artículo de Alice Walker «The Right to Life: What Can the White Man Say to the Black Woman?», *Seattle Journal for Social Justice*, volumen 1, número 1, artículo 1 (mayo de 2022): <https://digitalcommons.law.seattleu.edu/sjsj/vol1/iss1/1>

En países como el mío, Ecuador, a las niñas y a las adolescentes y a las mujeres se las fuerza a llevar adelante un embarazo no deseado porque abortar es delito.

En países como el mío, Ecuador, cada año más de tres mil niñas menores de catorce años son madres, en el ochenta por ciento de los casos a consecuencia de abusos sexuales. Allí, en mi paisito, el doce por ciento de las niñas entre diez y diecinueve años ha estado embarazada al menos una vez. Y usted dirá pobres y salvajes repúblicas bananeras, qué solas están sus mujeres.

En Estados Unidos, ya saben, el país de la libertad, el Tribunal Supremo acaba de revocar la histórica sentencia de 1973, conocida como Roe vs. Wade, que garantizaba el derecho al aborto. Esto quiere decir que cada estado de ese país tendrá la potestad de legislar a su gusto sobre las mujeres y sus cuerpos. No es difícil adivinar lo que va a pasar en ese gigantesco club masculino con tanto blanco, ultraconservador, cristiano jugando a las cartas con nuestros derechos.

¿Y en España?

Cada vez que escucho acerca del triunfo de los partidos de ultraderecha pienso en que la carrera ascendente sobre las escaleras de la democracia es, en verdad, una bota que pisotea nuestros vientres, nuestros sexos, nuestras mentes.

Suben tirándonos de los pelos, arrastrándonos, golpeándonos salvajemente contra los escalones. Y ante cada crujir de una nariz, una costilla, una pierna, la distinguida concurrencia aplaude el que ha sido, es y será el espectáculo más grande del mundo: la destrucción de las mujeres.